

# Un libro maravilloso para los hijos marxistas de papá carlista

Por Rafael GAMBRA

Dícese de los antiguos sofistas de la época socrática que experimentaban un placer virtuosista cuando alcanzaban a defender las causas más absurdas y contradictorias, una especie de gusto morboso, casi físico, cuando cerraban una argumentación que transformaba el vicio en virtud o demostraba que lo blanco es negro.

La tendencia sofística se mantiene a lo largo de la historia en quienes profesionalmente manejan conceptos y documentos más que realidades y hechos. Es su deformación profesional, que alcanza su culminación en esta época de tinieblas —casi de demonismo— que nos está tocando vivir.

Todo lo más serio y sagrado de este mundo y del otro es hoy cultivo preferencial para esta clase de masturbadores del cerebro a los que anima un espíritu aniquilador y sacrilego.

Cuando la cumbre escénica de nuestros días aplaude en *Jesus-Christ Superstar* la justificación moral de Judas sobre Cristo (un Cristo apayasad), no es extraño que el carlismo, sus hombres y su historia sean también objeto de análogas adulteraciones morbosas.

Así, un joven valenciano —Evaristo Olcina— acaba de publicar un libro titulado "El carlismo y las autonomías regionales" (1) en el que ensaya una visión del carlismo que pasará a la mitología de la Sofística de los Años Setenta.

El pretende enseñarnos lo que ha sido el verdadero carlismo a los que hicimos la última guerra en las filas carlistas y conocimos personalmente a combatientes —soldados y generales— de la anterior guerra de 1872-76. Debemos enterarnos de que la lucha por el Altar y el Trono (la motivación religiosa y la monárquica) fueron enteramente accesorias; más aún: interesadas deformaciones teocrático-absolutistas de grupos derechistas infiltrados en el carlismo. Lo único importante allá (ya ver si nos enteramos!) fue la reivindicación foral —interpretada como proclive al separatismo—, y la reivindicación social, proclive al socialismo. Lo demás fue música celestial. Tal es el *Carlismo Olcina 1974* (Breveté). Por supuesto este carlismo, según su propio autor, nada tiene que ver con el voluntariado antirrevolucionario de 1973, ni con el espíritu de la Guerra de la Independencia, ni con el alzamiento realista de 1821, ni con movimientos de otros países como la Vendée o el miguelismo portugués... Tiene, en cambio, una clara relación de futuro: Olcina se complace en presentar al guerrillero carlista como precedente casi idéntico al actual guerrillero revolucionario o a los "ejércitos populares" (léase comunistas).

Como apéndice documental reproduce un manifiesto a los vasco-navarros lanzado por Carlos VI en 1846 con ánimo de atraerse por razón foral a sectores no carlistas de ese país, y un proyecto de Estatuto Catalán elaborado por unos carlistas en 1930. Sería exactamente como fotografiar en ampliación a toda plana dos lunares que tenga el señor Olcina en su cuerpo para demostrar que, contra otras apariencias engañosas, dicho señor es de raza negra.

En fin, la cosa no tendría mayor importancia por su carácter disparatado y podríamos "dejar a los rojos con los rojos", si no fuera porque una circunstancia lamentable da hoy luz verde dentro del carlismo a estos cínicos ensayismos. Me refiero a la postura adoptada por cierto príncipe que hubiera podido considerarse heredero de los derechos dinásticos carlistas. No digo "cambio de postura" porque dicho príncipe salió de la universidad francesa —como tantos otros— con una mentalidad totalmente socialista. El vio en el carlismo español algo semejante a lo que un técnico en discotecas vería en una antigua y prestigiosa taberna que hubiera heredado de un tío suyo: algo que podría aprovecharse como local, como ornamento folklórico y, si es posible, como origen de clientela. Pero, por supuesto, convirtiéndola en una discoteca americana.

El señor Olcina presenta su libro como un valeroso retorno a las raíces populares lleno de autenticidad y de riesgo, frente a tendencias burguesas y conservadoras que se ocultan bajo mitologías religiosas y monárquicas. En rigor, este libro —como tantos otros— es el último refinamiento de la ambición burguesa y de la "sociedad de consumo". Me explicaré. Existe hoy, por desgracia, un cierto número de jóvenes "hijos de papá" totalmente "mentalizados" en marxista, pero cuyo padre fue y es carlista, y ellos mismos jugaron a serlo en su infancia. A ellos les ofrece este libro las siguientes posibilidades: dar el paso hacia el enemigo sin decir que lo dan; tranquilizar su conciencia en la medida en que la conserven; dar lecciones a su padre sobre lo que el mismo fue aunque no lo supiera; dárseles de profetas, inventores del marxismo antes de Marx, ¡hay quien da más por menos dinero! Lealtad, profetismo, tranquilidad hogareña (y hereditaria) y colocación favorable en los "vientos de la historia", todo en una pieza. ¡Oh, la sociedad de consumo!

(1) Evaristo Olcina, "El carlismo y las autonomías regionales", Col. Hora H. Ed. Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974.